

Dolió el trágico fin de aquel guerrero,  
Así porque era amado grandemente,  
Como porque se tuvo por agüero:  
Vicio común entre agarena gente.  
Dicen que allá en Bizancio un agorero  
Había afirmado resolutamente  
Que en este personaje consistía  
El bueno ó mal suceso de aquel día.

Mas ¡oh vana ambición, falible ciencia,  
Que las mas veces á hablar se atreve,  
Llena de ambigüedad y de apariencia,  
Porque cualquiera fin el vulgo apruebe!  
Si el viento, sin divina providencia,  
Del árbol una hoja nunca mueve,  
¿Por qué presume el hombre, vil gusano,  
De afirmar lo que está en divina mano?

Ibase dilatando aquel conflicto  
Con sangre de ambas partes derramada,  
Cuando con valor raro y exquisito  
Se mostraba el valiente Gil de Andrada;  
De tres galeras del poder maldito  
Su capitana estaba rodeada,  
Que, no solo se ocupa en su defensa,  
Mas hace en el contrario grande ofensa.

Vióse un ejemplo heroico y memorable  
En don Juan Ponce de Leon el fuerte,  
Y digno de que Córdoba del hable,  
Solenizando el hijo de alta suerte;  
Y fué que, habiendo con vigor notable  
Rendido muchos turcos á la muerte,  
De tres heridas bravas y mortales  
Estaba ya en los términos finales.

Haciendo de su esfuerzo todavía  
Prueba á costa y pesar de su enemigo,  
Y á toda la galera en que venía  
De su animoso pecho un buen testigo;  
Mas, visto que tal vida se perdía,  
Retiralle á curar quiso un amigo;  
El dijo: «El alma Dios lleve á su gloria,  
Que yo me sacrifico á la victoria».

Y prosiguió: «No es tiempo que heridas  
Duelan, sino el común riesgo y su daño;  
Pues no vencer, quedando con las vidas,  
Seria mayor muerte y mas engaño;  
De peces quiero yo que sean lamidas  
Cuando este cuerpo esté del alma extraño,  
Antes que, estando vivo, buscar cura,  
Perdiendo tiempo en esta coyuntura».

Tales palabras dice, y juntamente  
Hace el deber triunfando contra el hado,  
Hasta que de una bala el pecho ardiente  
Por junto al corazón fué traspasado;  
Y así partió el espíritu eceleste  
A buscar su lugar, por fe guiado:  
La invidia y compasión en esta muerte  
Litigan sin haber quién las concierte.

Mas la soberbia y arrogancia fiera  
De los turcos, en número pujantes,  
En su primero orgullo persevera,  
Aunque faltaban ya muchos turbantes;  
La autoridad católica y severa  
Hizo pruebas allí tan importantes  
Contra los obstinados mahometos,  
Como se entenderá por los efectos.

Como en las selvas suele el primer frío  
Del invierno abatir hojas á tierra,  
Cuando el tiempo contrario al seco estío  
Deslustra los matices de la sierra;  
Pudo de don Juan de Austria, señor mio,  
El bajel á los turcos hacer guerra;  
Y así, daban al mar los cuerpos muertos  
Y al infernal Pluton tributos ciertos.

Averiguada cosa es y sabida  
Que en tantos ministerios diferentes  
Como en los que consiste nuestra vida,  
Preside el corazón, y de sus fuentes  
Procede la virtud esclarecida  
Que hace osados brazos y valientes,  
Y que sin él, la fuerza y la destreza  
No merece llamarse fortaleza.

Así de aquel mancebo generoso,  
Ardiente corazón de aquella liga,  
Un vigor redundaba poderoso,  
Que se extendía por la gente amiga;  
Al esquiife el de Pliego valeroso  
Asiste, destrozando la enemiga,  
Zapata en el fogón, y por la proa  
Don Lope se ve estar de Figueroa;

A cuyos piés de bala traspasado,  
Cayó un soldado, en Málaga nacido,  
Que por su nombre Ortiz era llamado,  
Y por su esfuerzo para allí escogido;  
Don Lope mandó fuese retirado;  
Mas él, con ruego dijo encarecido:  
«Por Dios, valiente y sabio caballero,  
No me seáis en esto tan severo.»

«Antes mandad que yo arrojado sea  
Dentro de ese bajel fiero turquesco,  
Y que por sepultura le posea,  
Ya que entrar en él vivo no merezco;  
Yo moriré contento cuando vea  
Que con el peso y golpe alguno empeco,  
Ya que con estas manos lo prohibe  
La muerte, que en las suyas me recibe.»

#### CANTO XXIV.

Cuéntanse muchos casos dignos de memoria, y el glorioso suceso en favor de los cristianos: muere Ali-Baja y quedan sus hijos presos, sin infinito número de muertos y captivos. Y en efeto se concluye la mayor hazaña de mar que por escrito ni relación se halla en la memoria de los hombres.

Llévame, presuroso pensamiento,  
Sobre tus prestas alas levantado,  
Por medio del diáfano elemento  
A ver aquel conflicto porfiado;  
Para que eu cuanto abraza el firmamento  
Suene por mí en estilo celebrado,  
Que el tiempo no le gaste ni consuma,  
Si tanto prometer puede una pluma.

Aunque el sujeto grande de que escribo,  
Y el notable suceso de mi historia  
De siglo en siglo fuera siempre vivo,  
Sin que escriptos hicieran del memoria,  
En todas las edades muy al vivo  
Resonaran los ecos de su gloria,  
Sin que por él algún ingenio humano  
En pluma ni pincel pusiera mano.

Y aquellos que después de nos nacieran,  
En todo el ancho globo de la tierra  
Como presente caso repitieran  
La importante victoria desta guerra,  
Y todos los afectos se movieran  
Con el precio que en sí tiene y encierra:  
Que este notable hecho sin segundo  
Sembró de miedo y de esperanza el mundo.

Los turcos temblarán con el sonido  
De nueva para ellos tan terrible,  
Y el católico gremio engrandecido,  
Estado esperará mas apacible;  
Que tú, claro don Juan, ejemplo has sido,  
Mostrándonos cómo eres invencible,  
Del derecho que lleva en las porfias  
Quién defiende la causa que seguías.

El bravo estruendo del horrendo Marte,  
El mar, la tierra, el aire engordecía;  
Haciendo cada cual de esfuerzo y arte  
Los mayores extremos que podía,  
La victoria neutral á cada parte  
Con dudosa esperanza sostenía;  
Cuando el hijo de Carlos eminente  
Así hablaba á Dios omnipotente:

«Padre del cielo, que eres buen testigo  
Del celo y prosupuesto de mi vida,  
Si quisieres en mí hacer castigo,  
Tu voluntad eterna sea cumplida;  
Mas no des el cuchillo á tu enemigo,  
Que está en su obstinación endurecida;  
Toma de mi venganza por tu mano,  
Sin hacer instrumento al otomano.»

«Y si para el servicio y gloria tuya  
Mi gente y yo permites que venzamos,  
Ten por bien que esta guerra se concluya,  
Pues eres la verdad que sustentamos,  
Y no consentias que el pagano arguya  
Contra la religión que profesamos,  
Diciendo: «¿Dónde estaba el dios de aquellos,  
Que no quiso venir á socorrerlos?»

Esto dicho, con ánimo espolea  
Los suyos al combate peligroso;  
Enciéndose de nuevo la pelea,  
Y crece el trato de armas poderoso;  
¿Quién hay entre los hombres que posea  
Animo tan feroz y escandaloso,  
Que al son terrible de un corrusco trueno  
Se halle de temor libre y ajeno,

Con ser verdad que el rayo acelerado,  
Rompiendo por lo flaco de la nube,  
Las mas veces por alto levantado  
A buscar su elemento propio sube;  
Y si alguno á bajar precipitado  
Hay que violentamente desennube,  
No puede á todo el mundo hacer guerra,  
Siendo tan ancho el globo de la tierra?

Pues ¿qué haria donde cada instante  
Mil y mil rayos contra cada uno  
Volaban con estruendo resonante  
Sin podelles dejar reparo alguno?  
Ya el sol se les quitaba de delante,  
Ya arder se vía el reino de Neptuno,  
Y ya del ejercicio violento  
Andaban todos casi sin aliento.

Quando la flor de España, pregonando  
A voces: «Santiago, fe y victoria!»  
En la real turquesca entró mostrando  
Aceros bravos, dignos de memoria;  
Tres veces hasta el árbol caminando  
Llegaron con virtud clara y notoria,  
Haciendo á pura fuerza de los brazos  
A muchos de los turcos mil pedazos.

Mas otras tantas veces les convino  
Hacia proa volver, aunque esgrimiendo  
Y á paso tardo, sin dejar continuo  
De estar matando aquí, y allí hiriendo;  
Ali-Baja, que ve su fin vecino,  
Desde el estantero sale corriendo,  
Y valiéndose á veces de las manos,  
Así dice á sus fuertes otomanos:

«¡Oh nación valerosa y escogida,  
Del Gran Señor escudos y vasallos!  
No os turbe de estos hombres la atrevida  
Furia, pues podeis della castigarlos;  
La ocasion de mas cerca ya os convida,  
Y aun fuerza á duramente contrastallos,  
Si vive entre vosotros todavía  
Aquella gran virtud que antes solía.»

«El remedio consiste en vuestras manos,  
Y en el vil miedo todo el daño vuestro;  
Acordaos cuántas veces los cristianos  
Han sido oprimos del linaje nuestro;  
No hagáis ¡oh Mahoma! que sean vanos  
Mis justos ruegos, pues tu gente adiestro.»  
Así el Bajá á los suyos animaba,  
Y valerosamente peleaba;

Quando cerca del árbol combatiendo  
Los nuestros y los suyos duramente,  
Sonaba de armas un confuso estruendo,  
Son de trompetas y clamor de gente;  
Ya de Cimoseco el artificio horrendo  
En esta parte usar no se consiente,  
Y así, se ven hazañas extremadas  
Que esculpen con sus filos las espadas.

Tal modo de lidiar no tiene duda  
Sino que es el crisol de valentía;  
Porque lo que pervierte, turba y muda  
La atroz y detestable artillería,  
No da lugar con su violencia cruda  
A veces al esfuerzo y gallardía;  
Ni debieran los hombres racionales  
Con armas ofenderse tan bestiales.

¡Oh cruel y estupendo sacrificio,  
Injuria grave de naturaleza,  
Infame ardid del hombre, pues tu oficio  
Se aventaja á los tigres en cruera!  
Espantable y pestífero artificio,  
Alferecia de la fortaleza,  
Eres, pólvora, tú, mal de los males,  
Hija de los abismos infernales.

Las flechas son tambien impropria cosa  
Sino es para herir salvajes fieras;  
La espada y lanza, en el que morir osa,  
Son las armas mejores para veras:  
Estas para ganar fama preciosa  
Son del hombre las armas verdaderas,  
Pues dan lugar á usar con mas certeza  
El ánimo, la fuerza y la destreza.

Con lo cual compitiendo todo junto  
La turquesca real, hecha estacada,  
Era de folla un hórrido trasunto  
Quando con mas furor está mezclada;  
No se pueden contar punto por punto  
Las circunstancias desta lid trabada,  
Ni aun los sucesos, trances ni fortunas;  
Mas brevedad dispense para algunas.

Un soldado feroz, de nación sardo,  
El cuerpo atravesó de un turco fiero,  
Con un arrojadizo y presto dardo,  
Como á conejo suele el ballestero;  
Mas el scita con ánimo gallardo  
Sobre el asta restriba, y va ligero  
A la venganza, y priva de la vida  
Al soldado que dél era homicida.

Dicese deste mismo, ¡oh caso horrible!  
Que ya cercano estando al trance fuerte,  
Sobre un cristiano se arrojó terrible,  
Que por muchas heridas sangre vierte;  
Al cual con boca inmundada, aborrecible,  
Los ojos sepultados ya en la muerte,  
Las llagas muerde, y con la fria boca  
Aquel cadáver misero provoca.

En esto el secretario Juan de Soto  
Cayó á los piés de su señor, de un tiro,  
Tal que juzgar pudiera mas de un voto  
Que habia dado el último suspiro,  
Y aun el caudillo, como le es devoto,  
Muestra el pesar que el memorable Giro  
Por Zopiro mostró cuando trocara  
La victoria porque él no le faltara.

Mas, como el golpe fuese en la celada,  
Que de una bien templada pasta era,  
Presto se levantó, y con voz osada  
Dijo: «A mas alto ser, ya muerto fuera.»  
En esto nuestra gente señalada  
Traía á mal andar la otra galera,  
Y el claro nombre de victoria suena,  
A pesar de la gente sarracena.

Ali-Baja, que tal suceso mira,  
Siente en el alma un áspero despecho,  
Brama como leon, gime y suspira,  
Animando su gente sin provecho;  
Un rabioso dolor, ardiendo en ira,  
Le rasga el corazón dentro del pecho;  
Color de sangre le salió á los ojos,  
Que testimonio fué de sus enojos.

Cualquiera de los males que sentía  
Le pusiera en las manos de la muerte,  
Si todos ellos juntos á porfía  
No lucharan por ver cual es mas fuerte;  
Mas, de la gente brava que venía  
Alguna espada habrá que los concierte,  
Y alabarase, al menos, deste aprieto,  
De que el saberse cual, será secreto.

Mueren junto al Bajá cada momento  
Muchos de los del bando mas lucido,  
Que dentro un largo número sin cuento  
Por segura defensa habia escogido;  
Caían sin cesar de ciento en ciento,  
Y él mismo andaba ya muy mal herido,  
Mordiéndose de rabia entrambos labios,  
Y diciendo á Mahoma mil agravios.



Mas no se quiso dar hasta que el pecho,  
Abierto de herida penetrante,  
Mostró camino al alma, y con despecho  
Bajó por los abismos adelante;  
Dado remate á aqueste grande hecho,  
Cantóse la victoria resonante,  
Y abatido el real turco estandarte,  
La cruz se enarboló en la misma parte.

El nieto de Filipe ataba el cielo  
Por el notable y próspero suceso,  
Aunque en el alma siente desconuelo  
De no haber al Bajá en su poder preso,  
Para mostralle su piadoso celo,  
Honrándole en extremo, pues en eso  
Su condicion heroica no forzara;  
Y su victoria ecelsa quilatara.

Fué tanto deste caso el sentimiento,  
Que dijo: «No hay placer, al fin, cumplido,  
Pues falta Ali-Bajá, porque mi intento  
Usar mas bien no pueda del vencido.»  
Responde el de Moncada: «¡Oh fundamento  
De virtud generosa y bien cumplido!  
Proseguid la victoria, que yo creo  
Habrá ocasion que os cumpla ese deseo.

«Dos hijos aqui están del otomano,  
En quien podeis usar toda clemencia,  
Y quien los hijos honra, es claro y llano  
Que á los padres tambien honra en esencia.»  
En tanto del rey nuestro el buen hermano  
Busca con quien trabar nueva pendencia,  
Dejando en el bajel ganado gente  
Para él aseguralle suficiente.

Mas ya el vencer sin duda se endereza,  
Y no son los contrarios los que suelen;  
Que cuando al hombre duele la cabeza,  
Todos los otros miembros tambien duelen.  
Luchali, que esperado habia una pieza,  
Y ve que los sucesos le compelen  
A no esperar el fin de la batalla,  
Al fin se determina de dejalla.

Y hecho al mar, por entre el cuerno diestro  
Y el cuerpo de batalla de su alteza  
Quiere escapar la vida de maestro;  
Mas no pudo con tanta ligereza,  
Que el de Oria, muy mas que él valiente y diestro,  
Usando de su antigua fortaleza,  
No embistiese las mas de sus galeras,  
Echando á fondo dos de las mas fieras.

Con las otras combate duramente,  
Y así, en todas las partes del conflicto  
Se lidia con porfia vehemente  
Y furor á los hombres inaudito;  
La española real furiosamente  
Tres galeras embiste del Egipto,  
Que, habiendo hecho resistencia alguna,  
De Ali-Bajá imitaron la fortuna.

Mas no se alabará ninguna fusta  
De que el de Austria con ella combatiere,  
Si aferrada con otra en guerra justa,  
De bueno á bueno su deber hiciere;  
Antes rehusa, como cosa injusta,  
Que de aquella galera se dijese  
Haber con otra alguna competido  
Con desigual ventaja ni partido.

Y así, el experto cómitre llevando  
Orden expreso de buscar bajetes  
Que con sobra estuviesen contrastando  
Contra alguno por sí de los fieles,  
Efectuaba el generoso bando,  
Y los desordenados infieles  
En breve espacio ser reconocian  
Poderoso enemigo el que tenían.

Puesto que Luchali apartado estaba,  
Y con él de galeras buena suma,  
Sin otra partó de quien ya triunfaba  
La Liga santa con pujanza suma,  
Era número tal el que quedaba,  
Que será mucho cuando se resuma  
A ser igual al nuestro, segun era  
Mayor antes que al arma se viniera.

Y así, aunque declinaba á la caída,  
No pudo de una vez tan grande armada  
Quedar á una fortuna sometida  
Ni del primer vigor desamparada;  
Andando pues así la lid reñida,  
Del fiero Gaurali fue destrizada  
La gran piamontesa de Saboya,  
Como de griegos otro tiempo Troya.

Otras diez de Venecia padecieron  
En aquella sazón ultraje horrible;  
Mas, aunque las mas dellas estuvieron  
Puestas del todo en el poder terrible,  
Poco después recuperadas fueron  
Con prueba de valor mas que invencible  
De las de España, donde está sabido  
Con mas fortuna haberse combatido.

En algunas de Italia estar se via  
Un retrato del mundo abreviado,  
Donde el amargo llanto y alegría,  
El morir, el nacer anda mezclado;  
Si en el fogueo victoria se decia,  
Por el esquife turcos han saltado;  
La esperanza á los unos alegraba,  
A los otros la muerte amenazaba.

Los hijos del Bajá con su galera,  
Movidos del dolor cruel, insano,  
Hacia su padre vuelven la carrera,  
Creyendo que aun estaba vivo y sano.  
Mas, vista su desdicha verdadera,  
En el dicho espectáculo inhumano  
Comienzan á sentir tan gran mudanza,  
Que á manos della muere su esperanza.

Conocen su real enajenada,  
Y á nueva servidumbre conducida,  
La saludable cruz enarbolada,  
En lugar de su enseña conocida,  
Su gente perecer desharatada,  
Sin orden, temerosa, destruida;  
Ven el penoso y aciago día  
Que sus honras y vidas desafia.

Terrible fué el horror, grave la pena,  
Mas no por eso el llanto los detiene;  
Que mal puede planir la muerte ajena  
Quien ya la propia suya cerca tiene;  
Y visto lo que el tiempo les ordena,  
Dispónense á hacer lo que conviene,  
Que es esperar, las armas en las manos,  
La pujanza temida de cristianos.

La capitana fuerte y poderosa  
De aquel gran Requesenes eminente  
Los embistió, y trabóse una espantosa  
Batalla, si jamas la vió el tridente;  
Porque el Bajá, con mano curiosa,  
Habia puesto allí la mejor gente,  
La mas aventajada y escogida,  
Y estotra era cortada á su medida.

Mas ¿qué punto de honor, qué valentía,  
Qué esperanza ó refugio podrá tanto,  
Que sostenga á los turcos, si á porfia  
Aumenta los peligros el espanto?  
Victoria entre cristianos se decia;  
De turcos no se escucha sino llanto;  
Aquellos de ganados se mejoran,  
Estos de muy perdidos se empeoran.

Aunque á las veces suele en tal estado  
Dar la desconfianza mas vigores,  
Y vemos en un hombre, de apretado,  
Nacer temeridades de temores;  
Lo cual fué visto aqui y averiguado,  
Pues andaban los impetus mayores  
Cuanto menos derecho les quedaba  
Y mas su triste fin se aceleraba.

Don Juan Mejía fué muy mal herido,  
Sin otros muchos muertos que no cuento,  
Y entró de los primeros atrevido;  
Mas luego aseguro su atrevimiento.  
Don Fernando, mancebo esclarecido,  
De Saavedras lustre y ornamento,  
Y ese don Alejandro de Torrellas,  
Cuyo renombre sube á las estrellas.

Rindiéronse y murieron peleando  
Los turcos al temor y golpes fieros,  
Las almas y la sangre vomitando  
A vueltas de gemidos lastimeros;  
Algunos con la muerte agonizando,  
Y ya en los paroxismos postrimeros,  
En el mar se lanzaban; ¡ved qué yerro!  
Querer morir en agua, á fuego y hierro.

Los huérfanos mancebos, cuando vieron  
Su muerte ó captiverio inevitable,  
Debajo de cubierta se metieron,  
Esperando la suerte miserable,  
Hasta que al fin de todos se rindieron  
Con muestra de altiveza tan notable,  
Que nadie les oyó dar un suspiro  
Ni á fortuna rectar del recio tiro.

Mas el de Santa-Cruz, que ya tenia  
Un hermoso bajel supeditado,  
Como el aguja al norte siempre guia,  
O al punto cierto por donde es sacado,  
Así tras la real lidiar se via,  
De su virtud y esfuerzo acompañado,  
Y así como de Irlanda el can de ayuda  
Le da á su dueño en la contienda cruda.

Los de la Loba todos á una mano  
Hicieron al contrario cruel guerra,  
Movidos del ejemplo mas que humano  
Del caudillo famoso en mar y tierra;  
Y tú, valiente jóven sevillano,  
En quien linaje y ánimo se encierra;  
Lidiando como tal, echaste el sello  
De ser el Cid, oh don Francisco Tello!

Señalóse este día una galera,  
Santa Nicola dicha por su nombre,  
Que de la banda de Parténope era,  
Mas ya otra nave de Argos en renombre;  
Dos del Turco rindió, sin que se diera  
A vida en ellas solamente un hombre;  
Y aquí Pedro de Malta, bravo y fuerte,  
Se libró de los fueros de la muerte.

Dándola á muchos turcos por su mano  
Con no pequeña gloria de su tierra,  
Porque era de nacion zaragozana,  
Patria de gente insigne para guerra;  
Nunca leon el suelo vió africano,  
Ni tigre tal jamás la hircania sierra,  
Ni el dictador romano en cuanto anduvo  
Soldado mas valiente que este tuvo.

Y tú tambien, Antonio de Paredes,  
Fuerte en obrar, y en el decir facundo,  
Pues con la pluma á la caudal ecedes,  
Y con la espada Marte eres segundo;  
Tu renombre, aunque claro, mudar puedes,  
Y llamarte de hoy mas por todo el mundo,  
No Paredes, aunque altas, sino muros,  
Mas que los de Semiramis seguros.

Pues que con el ingenio y fortaleza  
Hiciste, señalando tu persona,  
De la turquesca pérdida braveza  
Gran sacrificio á Marte y á Belona,  
Y con tu ejemplo, término y fiereza  
Moviste muchos á ganar corona,  
Fijando mas trofeos soberanos  
A los blasones altos torrijanos.

Don Alonso Bazán, hermano dino  
Del Marqués, y por él disciplinado,  
Mostró no ser de nada desto indino  
Como animoso y plático soldado,  
Y ayudóle este día el buen destino,  
Por traer, como trujo, siempre al lado  
Un honrado y perfecto caballero,  
De blando trato y corazon de acero.

Don Antonio de Luna es por quien digo,  
Hijo de aquella patria venturosa,  
A quien por Garcilaso el cielo amigo  
Mas que por Tajo hace ser famosa;  
Este pues, contrastando al enemigo,  
Correspondió á su estirpe generosa,  
Mas él es tal, que el mismo extremo fuera  
Si á solo su valor correspondiera.

De los Monsalves claros de Sevilla  
Don Gonzalo está allí de Saavedra,  
Causando en los amigos maravilla,  
Mientras los enemigos de sí arredra;  
Los pechos mas indómitos humilla;  
Bien el roble merece y bien la yedra,  
Y haber, como ha, desde niñez traído  
El guion de don Juan esclarecido.

Dos soldados bravísimos, temidos,  
En el mayor tropel y turbulencia,  
Dentro del mar cayeron compelidos  
De la turquesca saña y violencia;  
Ambos valientes, ambos conocidos,  
Que el uno era Juan Nuñez de Palencia,  
Pedro Rosado el otro; ¡oh qué par este!  
Capitan era aquel, alférez este.

El capitan desde el bajel contrario,  
Siendo en el agua honda rebotado,  
Con un turco de esfuerzo extraordinario  
Estrechamente se arrojó abrazado;  
Y en el salado centro al adversario,  
Dejó y volvió á salir, habiendo dado  
De su valor, no solo indicio al mundo,  
Mas al horror del piélago profundo.

El alférez cayó de otra manera;  
Y fué que de gran número impelido,  
Perdida, mal su grado, la bandera,  
Que en la siniestra mano habia metido,  
Nunca quiso jamás de otra galera  
Tomar el cabo que le fué ofrecido,  
Mas, la espada en la boca, en tal extremo  
Furioso traba de un contrario remo.

Como leona, á quien el caro hijo,  
En los Masillos campos, bando yerto  
De pastores hurtó con regocijo,  
Mientras errando andaba en el desierto,  
Vuelta á su dulce albergue y escondrijo  
Con muestras de dolor y desconcierto,  
El rastro sigue y rústica cuadrilla,  
Bramando de furor y de mancilla;

Tal el fuerte Leon de Estremadura  
Al bajel sube, y en estandó arriba,  
Su honrosa enseña restaura procura,  
Haciendo en scitas mortandad esquiva;  
Mientras con tales veras lo procura  
Y muchos turcos de la vida priva,  
Amigos le acudieron, de manera  
Que conquistó el bajel y su bandera.

No puede ser á forma reducido  
El sugeto copioso que se ofrece,  
Ni en historia quedar comprehendido  
El piélago de cosas que parece;  
Mas ¿quién pasar podrá en odioso olvido  
A Pagandoria, en quien se compadece  
Gran parte colocar del soberano  
Blason que allí ganó su caro hermano?

Dos turcos, ó de pura cobardía,  
O presagos del caso por ventura,  
Quisieron ser testigos este día  
Desde una roca de sublime altura;  
Huido habian de su compañía  
En el silencio de la noche oscura,  
Algunos dias antes que el terrible  
Recuento fuese cierto ni creible.

Estaban pues los dos filosofando,  
Atónitos y fuera de sentido,  
El dudoso suceso recelando,  
Contino dellos con razón temido;  
La importante victoria ponderando  
Y el miserable estado del vencido,  
Miraban de hora en hora temerosos,  
Casos funestos tristes y espantosos.

Miran la nube oscura temerosa,  
Envuelta en humo, hasta el cielo alzarse  
Y la sonante llama presurosa  
Sembrada crecer luego y levantarse  
En imágen y forma pavorosa,  
Cinco galeras suyas abrasarse,  
Y viendo aquel estrago manifiesto,  
El uno al otro turco dijo aquesto:



«Dime, Roayme amigo, ¿qué visiones  
Son estas que nos tienen espantados?  
¿Quién vino á perturbar nuestras regiones,  
Que así deja á los turcos lastimados?  
Espanto fuimos ya de las naciones,  
Mas la injusta mudanza de los bados  
Nos quiere hacer hoy tan dura ofensa,  
Que jamás no se espere recompensa.

»Ves cómo se nos muestra claramente  
El fin adverso de la infausta guerra?  
¿No ves una cuadrilla diligente  
De nuestra armada zabordada en tierra,  
Sin otra que la fuerza vehemente  
Del ancho lago en lo profundo cierra,  
De la cual no se ven á duras penas  
Sino carceses, rotas las antenas?

»Oh don Juan de Austria, para mal nacido  
Del turquesco poder, cuchillo fiero,  
Mas que todos los hombres atrevido,  
Principio en nuestro daño verdadero!  
Si ahora tu fortuna tal ha sido,  
Si te has así mostrado en lo primero;  
¿Cuáles serán los triunfos y despojos  
Que en otro tiempo mirarán tus ojos?

»¿Qué se podrá esperar de tu ventura,  
De tu maduro seso y verdes años?  
¿Qué fuerza puede estar de ti segura  
Después destes presentes desengaños?  
¿Oh extremo de dolor y desventura!  
Oh cielo conjurado en nuestros daños!  
¿Temiste á dicha que los otomanos  
Habían de rendirte con sus manos?»

«No sin admiración estoy atento,  
Respondió el otro turco, á tus razones,  
Y lo que en ellas dices veo y siento,  
Que no es duda que sufres opiniones;  
Valgámonos del buen conocimiento,  
Huyendo el rostro en estas ocasiones,  
Y pues tenemos tales enemigos,  
No pretendamos mas que ser testigos.

»Yo te prometo y juro que este día  
Segunda vez habemos renacido;  
Tendréte hijo en la memoria mía,  
Y ya el natal por él daré al olvido.  
¿Esto es lo que Selim se prometía?  
Esta es la certidumbre que ha tenido?  
¿Así cumple la fe que dió á Mahoma  
De echar al Papa de la grande Roma?

»¿Pensaba que era estarse trasportado  
Entre paredes de oro y martas finas,  
O andar por el cerraje afeminado,  
Mirando sus lascivas concubinas,  
O en deleite maldito, reprobado  
Acciones cometer, de rey indinas?  
Si en tal ocio vivieran sus mayores,  
No hubiera en su linaje emperadores.

»El mandó, el reino, la suprema alteza  
Bien como dulce cosa se desea;  
Presume el vulgo que tras la riqueza  
Poder y majestad todo recrea;  
Mas, si se contemplase la graveza  
De los desasosiegos que acarrea,  
Aquel se llamaría alegre estado  
Que humilde se gobierna sin cuidado.

»Uno es el bien que hace preferidos  
Los reyes para el uso de la gente,  
Y mil martirios son los que oprimidos  
Tienen sus corazones reciamente;  
Son de recelo eterno combatidos,  
Y traen puestos los pies forzosamente  
Sobre bola redonda, deleznable,  
Que es el incierto mundo variable.

»¿Qué sentirá, decid, el Turco cuando  
Entienda los desastres sucedidos?  
¿Ay! que fuego mortífero abrasando  
Discurrirá por todos sus sentidos;  
Y á fe, que, según voy conjeturando,  
Poco ha de respirar dando gemidos,  
Que si en el alma un mal se fija y sella,  
Presto sale de allí, mas no sin ella.»

Ya Febo sus caballos recogía  
A los amenos valles de Occidente,  
Que entre el Meridiano los tenía,  
Y entre el Ocaso puestos igualmente;  
Cuando la grave causa decidía  
En su favor la bautizada gente.  
Y el rey de Argel salvar quiso huyendo  
La vida, que perdiera combatiendo.

No quiere pretender en esta guerra  
Mayor opinión ni mas ganancia  
Que poner agua en medio y ganar tierra  
Antes que perecer por ignorancia;  
Como forzado vil el remo afierra,  
Quien antes era un paladin de Francia;  
Hace trinquete y dóblase una punta,  
Que de la tierra al mar allí se junta.

Partió cual lobo que entre las majadas,  
En los nocturnos hurtos detenido,  
Halla que el nuevo sol por sus jornadas  
Las estrellas y sombras ha barrido;  
Oye rústicas voces alteradas,  
Teme de los mastines el ladrido,  
Y así, ligeramente se apresura  
Hasta el vecino monte y espesura.

Mas la real de España victoriosa,  
Visto que se le escapa, no desiste  
De emprender nueva lid, ni está dudosa  
De vencer ni rendir cuantas embiste;  
Aquí y allí arremete, y la que osa  
Esperalla, muy poco la resiste;  
Tales aceros muestra, tanto asombra,  
Que espanta y vence con la misma sombra.

Ya se apercebe y tienta la huida,  
No solo el que se ve sobrepujado,  
Mas el bajel que andaba de vencida,  
La presa suelta apresada y amedrentado;  
Bien como cuando el águila atrevida  
Sobreviene con vuelo denodado,  
Se esparcen por el aire los halcones,  
Soltando de las uñas las prisiones.

Andaban por el rojo mar temblando  
Largas bandas de turcos nadadores,  
Los victoriosos remos abrazando  
Con lágrimas humildes y clamores;  
Los brazos como pueden levantando,  
Daban dineros á los vencedores  
Para comprar con esto el ser captivos;  
Procuran presos ir por quedar vivos.

Como en las rocas cóncavas fijados  
Los deleznales pulpos suelen verse,  
Donde matar se dejan aferrados,  
Pudiendo si huyesen guarecerse;  
Así los turcos ya desalucitados,  
Y de la misma suerte sin moverse,  
Esperaban prision ó muerte dura,  
Faltos ya de consejo y de ventura.

Muchas tablas ardiendo parecían  
En medio de aquel piélagos alterado,  
Con llamas que á las aguas defendían  
El natural poder que les fué dado;  
Y ni menos ni mas prevalectían  
En la humedad del reino del pescado,  
Como si la gran máquina marina  
Fuera de olio inflamable ó de resina.

Y así, los que en el trance postrimero  
Entre las aguas siete anegarse  
Hallaban por refugio al agua madero,  
De aquellos, no temiendo el abrasarse;  
Y es porque de la muerte el trago fiero  
De sí los enajena con mostrarse,  
Tanto que les obliga el temor ciego  
A que apelen del agua para el fuego.

No porque del esperen mas clemencia,  
Mas porque el ansia dura y trabajosa  
Se suspenda en la breve diferencia,  
Aunque igualmente fuese peligrosa;  
Y así abrazaban la final sentencia,  
Cual suele la pintada mariposa,  
O el ave que en Arabia es celebrada,  
Cuando de vivir sola está cansada.

Las suertes, extrañezas y motivos  
¿Qué lengua explicará y los acidentés,  
La grande multitud de los captivos  
De hábitos y de lenguas diferentes?  
No se lee en los triunfos mas altivos  
Que vió aquel pueblo domador de gentes,  
De provincia del mundo tal empresa,  
Ni della redundar tamaña presa.

Tanto amigo del hierro desatado,  
A dulce libertad restituido,  
Tanto enemigo della despojado,  
Remando en el lugar que habían regido,  
Tanta riqueza, que ningún soldado,  
Por sin nombre que fuese y desvalido,  
Dejaba de manar en oro y seda,  
En perlas de gran precio y en moneda.

Y tales hubo desto codiciosos  
Mas que de la victoria satisfechos,  
Que en el mar se lanzaban presurosos  
Negando á camarados los derechos;  
Y con el peso grave peligrosos  
Perdieron vida y honra, ¡oh viles pechos!  
De cuyos nombres no tengo noticia,  
Ni la haya de quien muere por codicia.

¡Oh infame embriaguez, gula hambrienta,  
Odiosa ingratitude, mal incurable,  
Inútil bestia, hidrópica, sedienta,  
Desasosiego y ansia intolerable,  
Miseria que de hambre se alimenta,  
Contraria de lo justo y razonable,  
Con falsas apariencias de riqueza,  
Y esencia de asperísima pobreza!

¿A cuántos vimos ya, codicia triste,  
Anegados por ti en el ancho suelo?  
A cuántas insolencias lugar diste  
Que irritan á venganza el alto cielo?  
Y agora entre las ondas confundiste  
En eterno dolor y desconuelo  
Aquellos á quien guerra tan terrible  
Vencer ni contrastar no fué posible.

Estaba pues aquel golfo sagrado  
Tal, que vivo retrato parecía  
Del general diluvio celebrado  
Cuando el mundo en las aguas perecía;  
En las secretas mesas del pescado  
Expléndido convite se hacía  
De turcos veinte mil que allí murieron,  
Pagando por los muchos que huyeron.

Por muy severo allí fuera tenido  
Quien de mudanza tal no se admirara,  
No menos que esforzado y atrevido  
Quien antes por posible la juzgara;  
Las galeras del turco, que habían sido  
Sierpes que á todo el mundo hicieron cara,  
Agora no parecen sino leños  
Hechos para ataudes de sus dueños.

Cuatro mil de los nuestros acabaron  
Las vidas, y los mas no por herida  
O golpe que les dieron expiraron  
A vueltas de la gente descreída;  
Mas tanto peleando se cansaron,  
Que la virtud vital quedó rendida  
A la del alma como mas perfecta,  
Y que á morir no puede estar sujeta.

Ya debe de acercarse el cumplimiento  
De aquella memorable profecía;  
Ya se descubre el blanco del intento  
Con que el divino intérprete decía:  
«Tiempo vendrá en que el mundo dé aposento  
A un pastor solo y á una monarquía;  
Por una sola ley será guiada  
La tierra, y de un gobierno sojuzgada.

Ya la ausencia del sol humedecía  
Los prados, arboledas y montañas,  
Y sus doradas celines esparcía  
Sobre otras gentes bárbaras y extrañas,  
Cuando en dulce concento y armonía,  
Agradeciendo á Dios gracias tamañas,  
Se cantaron: «Señor, á ti alabamos,  
A ti por señor nuestro confesamos.

»Gloria á ti solo sea en las alturas,  
Alábenle los bombres en la tierra;  
Tu solo domas las cervices duras,  
Tu virtud sola vence cualquier guerra.»  
Entre estas alabanzas y dulzuras  
Del pecho un tierno humor se desencierra  
A cada cual, que fué claro argumento  
De inmenso y celestial contentamiento.

Era la hora ya en que se entristece  
La que hizo cruel al rey de Lempos,  
Cuando el silencio al mas cansado ofrece  
Del reposo apacibles pasatiempos;  
Por esto y porque el cielo se escurrece  
Con gran mudanza y contrastar de tiempos,  
La armada victoriosa busca puerto  
Con extraña manera de concierto.

Porque cada galera remolcaba  
Otra del Turco, y dos algunas dellas,  
Despojo que á las aguas espantaba,  
Soberbio triunfo nunca visto en ellas;  
Neptuno ya sus ondas levantaba  
En montes que amenazan las estrellas,  
Cuando el hijo de Carlos con su armada  
Una cala tomó mal abrigada.

La cual de Santa Maura es dicha hoy día,  
Desde que venecianos la ocupaban.  
En esto ya los vientos á porfía  
El mal seguro abrigo inquietaban;  
El aire otro mar nuevo parecía  
Con las nubes que mares derramaban,  
Cosa que si otro tiempo sucediera  
De un grave inconveniente se temiera.

Nafragio se temiera si la gente  
De Dios favorecida y regalada,  
Estuviera en el húmido tridente  
O en la mudable rueda confiada;  
Mas temer ni dudar no se consiente  
Quien tiene la esperanza bien fundada:  
El que llamare á Dios con voces puras  
Despreciará el poder de las criaturas.

Como en la esgrima suele el buen maestro  
Al discípulo ser mas provechoso,  
Moviendo contra el su brazo diestro  
Con ademán colérico y furioso;  
Acométele á diestro y á siniestro,  
Y es en ejecutar tan piadoso,  
Que el dócil mozo deja salvo y sano  
Con mas compás de piés y presta mano;

Así el divino artífice del cielo  
Con los suyos entonces se mostraba,  
Bien que la destemplanza y frío yelo  
Las recientes heridas penetraba;  
Mas de las almas el comun consuelo,  
El dolor de los cuerpos mitigaba,  
La inexorable muerte allí se via  
Hermosa y toda llena de alegría.

Corona de laurel en la una mano  
Traía, y en la otra eterna vida;  
Mirad de cual católico cristiano  
Pudiera entonces ser mal recibida;  
¡Oh beneficio santo soberano!  
Oh venturoso tiempo de partida!  
¿Cuándo en camino de tan largas leguas  
Hubo seguridad, descanso y treguas?

El dulce sueño que el pesar mitiga  
Y el trabajo repara blandamente,  
Transporta los sentidos y los liga,  
Infundiendo reposo conveniente;  
Con faltar la congoja su enemiga,  
Estuvo de la armada bien ausente;  
Habíale el placer ahuyentado  
Porque no se olvidase el bien pasado.

Gracias demos á Dios, unos decían,  
Que de victoria tal nos hizo dinos.  
Otros las extrañezas repetían,  
Interponiendo en ellas dulces hinos;  
Lo porvenir algunos conferían,  
Facilitando efectos peregrinos,  
Proponiendo entre sí de hacer guerra  
En todos los confines de la tierra.



Materia larga daba de esperanza  
 El próspero suceso nunca oído,  
 Y la virtud, el brio y la pujanza  
 Del inclito don Juan esclarecido:  
 Y perder desde allí la confianza  
 Los turcos, era caso muy sabido,  
 La cual, cuando una vez hiere y lastima,  
 Para mas de otras ciento desanima.

Entre alegres coloquios el lucero,  
 Mensajero fiel de la mañana,  
 Salió guiando el carro placentero  
 De aquel que nuestra vista hace ufana;  
 Después el luminoso carretero  
 Desplegó sus cortinas de oro y grana;  
 La noche, viendo lumbre tan hermosa,  
 Al punto volvió el rostro de envidiosa.

Ya mi lengua, mi pluma y mi cuidado  
 Silencio y quietud me están pidiendo,  
 En premio del trabajo que han pasado  
 Por tanto mar conmigo discurriendo;  
 Y mas que á tomar puerto soy forzado,  
 Porque infaliblemente comprendo  
 La mudanza de tiempos que se ofrece,  
 Y á tierra y cielo amenazar parece.

Veo las amistades mas perfetas  
 Vacilar y romper su estrecho nudo,  
 Y escapar la cerviz los mahometas  
 De entre los filos del cuchillo agudo;  
 Veo encarados páldos cometas  
 Apresurando de su efeto crudo  
 La ejecucion, que perdonar no sabe  
 La sangre y casa donde el cepiro cabe.

Veo su fuerza unir Saturno y Marte  
 Contra el angosto reino lusitano,  
 Y andar soberbio el áfrico estandarte  
 Las quinas arrastrando del cristiano;  
 Veo el septentrion por otra parte  
 Inclinarse en favor del luterano,  
 Y veo un bastardo, con intentos viles,  
 En su patria mover guerras civiles.

Y veo de la Iglesia el fundamento  
 Sustentarse con sola una columna,  
 Una roca de fe, que en firme asiento  
 Está opuesta á las ondas de fortuna;  
 Un Argos velador con ojos ciento,  
 Pastor del que dió luz á sol y luna;  
 Un Hércules famoso en largos siglos  
 Por domador de monstruos y vestiglos.

Oh gran Filipe, rey y señor nuestro!  
 Pues esto con verdad de vos se canta,  
 La intencion recibid del siervo vuestro  
 Que al humilde servicio se adelanta;  
 Y pues os escogió el sacro maestro  
 Por fiel escudo de su esposa santa,  
 Él prospere y alargue vuestros dias,  
 Como conserva los de Enoc y Elias.

Y si los que le restan á mi vida,  
 Que está á vuestra memoria consagrada,  
 Dieren lugar á que la voz despida,  
 Fiando que de vos será escuchada,  
 Yo cantaré la gloria á vos debida  
 En citara tan dulce y acordada,  
 Que suenen en el mundo sus acentos  
 Mientras le diereu ser los elementos.

Si fué costumbre de los sabios de la antigüedad, guardada con no menos piedad y religion que supersticion y vanidad, después de edificar templos, consagrar aras, encender fuegos y quemar inciensos á la mentirosa deidad de las fabulosas Musas, ofrecerles las olorosas flores y sabrosos frutos de sus perpétuos trabajos, adornando sus templos de los despojos de sus divinos ingenios, los inventores de las cosas, colgando las que con el tiempo y á pesar suyo descubrieron, y los que no las inventaron, sino que añadieron á las inventadas las perfecciones con que las hermosearon; los que redujeron los hombres de la vida agreste á la política, las reglas y preceptos con que los enseñaron; los que sacaron á luz los premios y las penas, las leyes con que ilustraron sus repúblicas; los que dieron artes á las ciudades, libros á las escuelas, armas á los soldados, y instrumentos á los oficiales y labradores, todos ofrecieron las primitivas espigas de sus logradas cosechas, significando en los pequeños dones el debido agradecimiento de los grandes ángeles á los beneficios recibidos, sacrificándolos á las que creian se los habian hecho: no parecerá en mí despropósito, ya que no puedo edificar altares, levantar pirámides y consagrar colosos, debidos, no á las musas que fingió la gentilidad, sino á las verdaderas y cristianas que en vuestra merced tan dignamente hicieron su templo y academia, ofrecer del mal cultivado jardin de mi estéril ingenio, no frutos sazonados y sabrosos, sino las primitivas flores, que, si por tempranas y locas (pues no aguardan los nueve años que manda Horacio) las persiguere el cierzo requemado de las lenguas maldicientes, por consagradas á las virtudes, letras, religion y nobleza que en vuestra merced gloriosamente se ilustran, conservarán su frescura á pesar del tiempo y de la envidia. Vuestra merced las favorezca con el amor y afabilidad con que siempre ha hourado mis cosas, pues lo que tienen de bueno se vuelve á quien después del cielo se lo ha dado, y de un tan grande servidor bien se puede recibir un don tan pequeño, y mas acompañado de un grandísimo amor, que es quien me da sus alas para ampararme de las de su favor de vuestra merced, cuya persona nuestro Señor guarde, y en dignidades aumente á medida de tantos merecimientos, que serán mas que las que sin ella piden mis deseos.—EL MAESTRO JOSÉ DE VALDIVIELSO.

PROLOGO AL LECTOR.

Aunque parece sobrada excusa la que dan todos los que escriben en verso, por parecerles que es la sopa de la Sybala, con que quiere hacer callar los cerberos ladrones, que con sus aullidos pretenden ensordecir los oidos atentos al canto suave de la soberana poesia y escurecer con el

VIDA, EXCELENCIAS Y MUERTE

DEL GLORIOSÍSIMO

PATRIARCA SAN JOSEF,

ESPOSO DE NUESTRA SEÑORA,

POR EL MAESTRO JOSE DE VALDIVIELSO,

CAPELLAN DEL ILUSTRÍSIMO CARDENAL DE TOLEDO, DON BERNARDO DE SANDOVAL Y ROJAS, Y EUZARABE EN SU SANTA IGLESIA DE TOLEDO.

A DON GABRIEL SUAREZ DE TOLEDO,

PRESIDENTE DEL CONSEJO DEL ILUSTRÍSIMO DE TOLEDO MI SEÑOR, ARCEDIANO DE MADRID, Y CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE TOLEDO, ETC.,

EL MAESTRO JOSÉ DE VALDIVIELSO.

Si fué costumbre de los sabios de la antigüedad, guardada con no menos piedad y religion que supersticion y vanidad, después de edificar templos, consagrar aras, encender fuegos y quemar inciensos á la mentirosa deidad de las fabulosas Musas, ofrecerles las olorosas flores y sabrosos frutos de sus perpétuos trabajos, adornando sus templos de los despojos de sus divinos ingenios, los inventores de las cosas, colgando las que con el tiempo y á pesar suyo descubrieron, y los que no las inventaron, sino que añadieron á las inventadas las perfecciones con que las hermosearon; los que redujeron los hombres de la vida agreste á la política, las reglas y preceptos con que los enseñaron; los que sacaron á luz los premios y las penas, las leyes con que ilustraron sus repúblicas; los que dieron artes á las ciudades, libros á las escuelas, armas á los soldados, y instrumentos á los oficiales y labradores, todos ofrecieron las primitivas espigas de sus logradas cosechas, significando en los pequeños dones el debido agradecimiento de los grandes ángeles á los beneficios recibidos, sacrificándolos á las que creian se los habian hecho: no parecerá en mí despropósito, ya que no puedo edificar altares, levantar pirámides y consagrar colosos, debidos, no á las musas que fingió la gentilidad, sino á las verdaderas y cristianas que en vuestra merced tan dignamente hicieron su templo y academia, ofrecer del mal cultivado jardin de mi estéril ingenio, no frutos sazonados y sabrosos, sino las primitivas flores, que, si por tempranas y locas (pues no aguardan los nueve años que manda Horacio) las persiguere el cierzo requemado de las lenguas maldicientes, por consagradas á las virtudes, letras, religion y nobleza que en vuestra merced gloriosamente se ilustran, conservarán su frescura á pesar del tiempo y de la envidia. Vuestra merced las favorezca con el amor y afabilidad con que siempre ha hourado mis cosas, pues lo que tienen de bueno se vuelve á quien después del cielo se lo ha dado, y de un tan grande servidor bien se puede recibir un don tan pequeño, y mas acompañado de un grandísimo amor, que es quien me da sus alas para ampararme de las de su favor de vuestra merced, cuya persona nuestro Señor guarde, y en dignidades aumente á medida de tantos merecimientos, que serán mas que las que sin ella piden mis deseos.—EL MAESTRO JOSÉ DE VALDIVIELSO.

PROLOGO AL LECTOR.

Aunque parece sobrada excusa la que dan todos los que escriben en verso, por parecerles que es la sopa de la Sybala, con que quiere hacer callar los cerberos ladrones, que con sus aullidos pretenden ensordecir los oidos atentos al canto suave de la soberana poesia y escurecer con el